

Domingo XXVI. Ciclo C

Lázaro, una denuncia contra la indiferencia.

EMILIO RODRIGUEZ ASCURRA / contactoconemilio@gmail.com

Hoy en día es normal caminar y encontrarnos con muchas personas en situación de calle, con todas sus necesidades básicas insatisfechas. Somos testigos de la gran división socio-económica entre quienes más tienen y quienes menos poseen. Acostumbramos a ver Lázaros por todos lados, personas cuyas vidas no tienen la dignidad que deberían, los excluidos del sistema, los marginados.

El uso que hacemos de los bienes materiales no siempre es en función del bien común, generalmente solo lo hacemos para garantizarnos una vida confortable, cómoda, en la que podamos darnos una “buena vida”, no tenemos una mirada trascendente del uso de nuestras cosas, es decir, carecemos de una mirada que vaya más allá de los mismos y en la que nuestro fin último sea gozar de la presencia de Dios.

El fin de nuestra vida parece estar reducido a vivir bien en este mundo y con los bienes de este mundo, sin pensar en que la Vida Verdadera, esa que gozaremos junto a Dios, es en donde encontraremos nuestra auténtica felicidad. Mientras, muchos hermanos nuestros sufren la incompreensión, pero si algo nos deja la parábola del pobre Lázaro es la del pecado de la indiferencia. Nuestra comodidad sumado al acostumbramiento de ver por los medios de comunicación o directamente los casos de pobreza y marginalidad nos vuelve, en oportunidades, indiferentes ante el dolor ajeno, y el criterio de éxito de nuestra vida se da por la posesión de mayores bienes de consumo y no por una vida vivida en valores, en la que el otro ocupa un valor mayor que el de todos nuestros bienes.

Que todos los Lázaros que vemos a diario nos ayuden a revalorizar la dignidad de la persona humana y a construir una red de lucha contra la indiferencia con respuestas concretas a sus necesidades, haciendo de nuestro ayuno una fuente de ayuda contra quienes no deciden ayunar sino que las condiciones de vida los obliga a lo mismo.-